

racia, con el brillo de toda santidad, adornada de todas las virtudes, hermoseaada con todos los dones, la mas agradable, á Dios: multiplica sus privilegios hasta donde puedas, hasta donde alcancen tus fuerzas; es mayor esta Virgen, es mas excelente esta Virgen, es superior esta Virgen. Si el omnipotente, á sus esclavas y sirvientes enriqueció con tal magnificencia, y hermoseo con tantos dones y gracias;? cómo te figuras que haya formado á tu Madre, á su única Esposa que eligió de entre todas, y amó con ternura sobre todas ellas?

Magnificas deducciones á priori del autor citado suficientes para delinear y bosquejar el cuadro de la Soberana Señora, pero que no detienen aun el rápido vuelo del entendimiento, llevado en alas de la fé, que quiere acercarse mas al trono de aquella inmensurable magnitud. En realidad no hay algo mas grande, mas santo, mas excelente que la Madre de Dios, á no ser el mismo Dios. Su dignidad casi toca el infinito por la parte que el Padre celestial le concede de su divina fecundidad, por el asombrosísimo privilegio por el cual entra al Sancta. Sanctorum de la Trinidad augusta, no solo para adorarla con profundo anonadamiento cual la adoran los mas encunbrados espíritus, sino para estrecharse con inefables y altísimas relaciones con ella. María es Madre de Dios, pero esta altísima dignidad no es en ella una cualidad puramente pasiva; no es un rayo de la divinidad que solo ilumina exteriormente, no es solo una joya riquísima, descendida de la corona del Eterno, y puesta en su inmortal diadema para alumbrar los mundos. Ella ha sido Madre de Dios por concepción espontánea y libre, y del modo mas conciente ha ejercido en esto un misterio sublime. Toda la gloria de la hija del Rey es de dentro en franjas de oro vestida de variedades á la redonda.

Es tan importante la santificación de las almas por su unión con Dios, que para esto ha obrado el Señor tantos prodigios así en la tierra como en el cielo. Nadamas para esto las ha criado; mas por esto se anonadó; para esto enciende la luz de la gloria, y abre las puertas del cielo. Si todos los dones de la gracia, y la misma luz de la gloria, no sirvieran para unirnos á Dios, todos los dones del cielo, por grandes que fueran, serían comparables á las vanidades de la tierra. La Maternidad divina de María, este maternal parentesco con Jesucristo, de nada le hubiera servido, dice San Agustín, sino hubiera llevado más felizmente Cristo en su corazón, que en su seno. Era pues, conveniente,

según las palabras del angélico, que María primero concibiera al Verbo en su alma, que en su cuerpo; que primero lo concibiera su entendimiento; que aquella imagen y figura de la substancia del Padre, centelleando infinitamente é inundando los abismos de su alma con sus eternos resplandores, formara de ella un océano casi infinito de luz para que después se obrara en su casto seno el soberano misterio de la Encarnación del Verbo. Debía estallar también en su corazón aquel volcán de amor del divino Espíritu para que así santificada su alma con aquella divina luz y santo calor, la fecundidad divina de su cuerpo se verificara cuando su espíritu estuviera convenientemente dispuesto y preparado.

Convenía también que María fuera instruida por el ángel acerca de este misterio, para que fuera testigo único y singularísimo de este Sacramento de piedad. Por que ¿quien mejor que María ha sentido mas vivamente la presencia del Santo Espíritu, y palpado los milagros que ha obrado la virtud del Altísimo en favor de las almas? Quien mejor que María ha comprendido las misericordias del Señor y ha visto su anonadamiento? ¿cómo podrá negar Jesucristo el amor que nos tiene viendo á su Santísima Madre? ¿cómo podrá olvidar que solo por nosotros y para nosotros encarnó en sus entrañas purísimas, y que tiernecito niño, verdadero Sanson, se dejó atar las manos con delicadas fajas, y enmudecida la Palabra eterna de Dios entre sus brazos virginales, solo podia expresar su dolor con vagidos y lágrimas? El que rechina en el seno del Padre, ¿cómo olvidara jamas que se reclino en el seno y en los brazos de María, y hasta llegó á reclinarse en un pesebre, entre brutos animales, por buscar al hombre que se había hecho semejante á ellos? ¡Ah! delante de esta Madre de misericordia, no podrá resplandecer jamas la justicia en el rostro de Dios, y será necesario que ella vuelva sus ojos á otra parte, mientras el Señor castiga á los pecadores.

En la Encarnación del Verbo divino, al ofrecérsele á María la corona de Reina del universo se le ofrecía tambien la de Reina de los mártires. Había de ver á los ángeles arruyando á su divino niño con el Gloria in excelsis conque lo anunciaron á los pastores; había de ver á los Reyes postrados á sus pies poniendo en sus manecitas el oro y el incienso, pero tenia que verlo tambien en la Cruz desamparado de su Padre é insultado por el pueblo mas vil sin poder siquiera poner en su boca sedienta una de sus lagrimas. ¡Ah! solo en el cielo entenderemos la grandeza de

la misericordia del Dios que muere, y el heroico sacrificio de la Madre que llora.

Esa sumisión, esa pronta obediencia á la voluntad de Dios, debía manifestarse más en el Calvario que en la casa de Nazareth: convenía por lo mismo se le anunciara, que para llegar á la gloria de su Maternidad divina, tenía que entrar por la puerta de los padecimientos. Por que las coronas de las criaturas solo se fabrican en el yunque, y con el fuego de la tribulación.

Siempre me ha llamado fuertemente la atención la gracia de Dios y la libertad humana. Casi inútiles han sido todos los esfuerzos de la Teología para conciliarlas. Es envano que quiera la razón atravesarse como un puente entre estos dos abismos: solo Dios, que conose la esencia de las cosas, puede ver el paralelismo conque marchan estas dos fuerzas unidas; ayudándose ambas como misteriosos agentes del poder divino; mezclándose, conviniéndose trasformándose sin destaurirse, sin confundirse, con armonía tan perfecta, tan delicada, tan multiforme, que aveces parece gracia lo que es puramente naturaleza y la naturaleza parece confundirse con la gracia.

Es tanto lo que el Señor respeta la libertad humana, que apesar de la eficacia omnipotente de su fuerza sobrenatural, á nadie salva contra su voluntad; y no obstante el amor infinito que tiene á los hombres, no ha querido apagar el fuego del infierno por no apagar la llama divina de su libre albedrío. Se enternece mi corazón de amor y gratitud á mi Creador, al ver aquella página del divino libro de la Sabiduria, y que todo el mundo debia besar enternecido, donde dice: Tu dominador poderoso, jugsas con tranquilidad, y nos gobiernas con grande comedimiento, con gran reverencia: *cun magna reverentia disponis* (1)

Cuando el Verbo divino trató, pues, de tomar la naturaleza humana, nuestra erencia, la tomó libremente no la arrebató de por fuerza: aunque esclavos, nos ha tratado con grande comedimiento como á libres, y ha buscado en María un representante del genero humano, para que consintiera en tomar para si lo que necesitaba para redimirnos. Ha pedido permiso para tomar nuestra flaqueza, para sufrir nuestros dolores y enjugar nuestras lágrimas.

Siendo además la Encarnación el desposorio sublime del Verbo con la humanidad, se necesitaban para celebrar este matrimo-

(1) Sap. c. 12.—v. 18.

nio divino dos grandes personalidades: una divina, y otra humana: pero en Cristo no hay persona humana: por que el Verbo no se unió al hombre, sino á la naturaleza humana. Luego es preciso buscar fuera de Cristo otra persona que celebre con el este sublime contrato y sea responsable de la bondad y de la libertad de este vínculo eternamente indisoluble. Pero mira, oh hombre esclama San Bernardo, reconoce el consejo de Dios, el consejo de su sabiduría, el consejo de su piedad: una mujer y un hombre nos perjudicaron, pero gracias á Dios, por una mujer y un hombre tambien todo se restablece.

La bendita entre todas las mujeres tendrá lugar en esta gran obra de reconciliación; será necesario su consentimiento para que se redima y se salve el mundo; será necesario que María de su consentimiento en representación de toda la naturaleza humana para que el Verbo pueda desender á la tierra y hacerse hombre. Los grandes intereses del cielo y de la tierra están en sus manos el mismo Dios, la Trinidad augusta, espera la señal, el place su consentimiento para redimir al universo, reivindicar sus derechos y entrar en posesión de su gloria. María parece una Reina con quien el Eterno tiene dividido el imperio del mundo y á quien pide su consentimiento para que su Verbo como hombre vaya á extender su imperio donde ella tiene su reinado. ¡Cosa admirable! no dando Dios la gracia sino para ayudar á la naturaleza, y no destruyendo la gracia á la libertad, sino al contrario, impulsándola para que obre tal como es, por que Dios mueve á cada cosa según su modo, es muy lógico decir: que por grande que sea el torrente ó plenitud de gracia, ó si se quiere casi infinita, que reciba una criatura para ejecutar alguna de sus operaciones, de ninguna manera pierde su conciencia y su perfecta libertad, y le es imputable tal acción, por grande y maravillosa que ella sea; por consiguiente, si María á prestado su consentimiento, si ha concurrido libremente á la generación del Verbo, á la Encarnación redentora, sea cual fuere el auxilio que hay recibido, aunque no solo la gracia, sino el mismo autor de ella, el Espíritu Santo, y toda la virtud del Altísimo hayan descendido sobre ella para confortarla, no se le puede negar la cooperación sublime en este misterio. Aunque se asombre el cielo, y la tierra, y los abismos, María ha concurrido con la augustísima Trinidad á la acción salvadora dei universo. ¡Bendita sea la diestra del Excelso, que mas que por el rayo de la inteligencia que comunica á los hombres, por el gran dón de la libertad los colocó

en un trono frente al suyo, y los hace verdaderamente hijos de Dios!

Elisabeth llena del espíritu Santo é inundada de gozo dice á María: vienaventurada tu que creíste por que se cumplirán aquellas cosas que se te han dicho por el Señor. ¿Qué secretos son estos hermanos míos? ¿qué misterio será este que, oculto á Gabriel, el mismo Señor se encarga de revelarlo á María? Oído de los labios del que hoy tiene la fé y la cátedra de Pedro: “en el mismo seno de la Madre castísima, dice el Señor Pío X, (1) Cristo tomó para sí la carne y unió á él mismo el cuerpo espiritual, formado de aquellos” que debían creer en él. “Y así hemos salido del seno de María, á la manera de un cuerpo unido con la cabeza. Por lo que, de un modo espiritual y místico, somos llamados hijos de María, y ella es la Madre de todos nosotros.” “Madre espiritualmente sí, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros.”

¿Lo habéis escuchado hermanos míos? María es verdaderamente nuestra Madre, hemos sido dados á luz justamente con Cristo, somos también hijos de la Luz, de la Madre Santísima de la Luz. Somos sus hijos; no por vana metáfora, ni por simple adopción; no solamente un afecto piadoso, forsanando el sentido de las sagradas páginas, nos ha conducido á declararla Madre universal de los nombres. Ningunas metáforas había en aquellas palabras del que es la verdad: Mujer hé ahí á tu hijo (1.) Cómo sera esto? Yo solo puedo responder con el ángel: nada es imposible para Dios; el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la Virtud del Altísimo te hará sombra. Nosotros hemos sido también engendrados como Jesucristo, con un nuevo orden y con una nueva generación; con un nuevo orden, porque siendo visibles fuimos invisiblemente engendrados; y con una nueva generación, porque la gracia, que ha sido aquí el germen fecundo, siempre es superior, mas trascendental y mejor que la naturaleza, pues, ella nos acerca mas á la infinita realidad que es Dios. Aquí teneis la razón del amor tan singular que María nos tiene, y del amor y confianza filial que debemos tenerle: Ella es nuestra verdadera Madre, y mas que aquellas que nos engendraron según la carne: por que aquellas nos engendraron en los pecados, esta en la gracia; aquellas por

(1) Encicli del 2 de Febrero de 1904.

(1) S. Joan. 6. 19—v. 26.

concurso material de varen, esta por obra y gracia del Espíritu Santo.

Es tan imperfecta entre nosotros la relación de padre á hijo, ó de filiación natural, que con el transcurso del tiempo se van aflojando estos lazos naturales, y aun parece que hay tendencia á romperlos cuando la ley civil declara libres á los hijos á cierta edad, ó una posición social eminente, nos eleva sobre la condición de nuestros progenitores. La razón es por que esta relación entre nosotros, aunque es natural, no es substancial, sino accidental; no está en las criaturas por esencia, sino por participación entre ellas, más que una realidad, es una sombra. Podrá decirse lo mismo de la paternidad y filiación divinas? Podrá decirse lo mismo de la divina maternidad de María y de la filiación temporal del Verbo en su virgineo seno? ¡Ah! todo lo que se relaciona directamente con Dios es eterno; real, imprescriptible é inmutable. El Verbo proclamándose en todas partes Hijo de Dios no se avergüenza nunca y se gloria de ser llamado Hijo del hombre: esto es, Hijo de María; su eternidad no afloja estos lazos divinos y mucho menos los rompe; y cuando se sienta en su trono á la diestra de su Padre, la Madre está á la diestra de su Hijo en el mismo trono, con todos los derechos maternales que le dan el poder infinito y la eternidad de Dios.

¿Qué inferir de todo esto, hermanos míos? Dígalo vuestro corazón; díganlo esos sentimientos de ternura y de amor que sentís en presencia de María. Dígalo esa esperanza tan profunda que teneis de salvaros, al ver ese preciosísimo niño, á vuestro Salvador, que se balancea en su brazo maternal junto á su pecho acariciando é inflamando vuestros corazones ofrecidos por un ángel en ese cestillo de oro. Dílo tu misma Madre Santísima de la Luz. ¿No es cierto que mucho nos amas, y que al vernos se conmueven tus entrañas maternales, y tu corazón se enternece cuando nos acercamos á tu altar para bendecirte, y te damos el dulcísimo nombre de Madre? ¿No es cierto que en el cielo estás rogando siempre por los pecadores? ¿No es cierto que estás en el trono de Dios circundada de estrellas, pero con los ojos siempre vueltos hacia la tierra para ver nuestras miserias, y que tus oídos están mas atentos á escuchar nuestros gemidos y nuestras quejas que los himnos que en tu alabanza entonan los ángeles, de con cierto con todos los mundos? ¿No es cierto que no te acuerdas de esa corona que sostienen sobre tu cabeza los serafines, mientras veas á tus hijos avanzar por esta tierra decierta y sin agua, qu

solo produce para ellos espinas y abrojos? ¿No es cierto que la fuerza de tu brazo solo la empleas en sostener á los pecadores para que no caigan en ese abismo que siempre está abierto á sus pies?

¡Oh Madre mía! yo se que tu felicidad solo será completa, que solo entrarás en la plenitud de tu gloria cuando hayas recogido en el cielo á todos tus hijos, cuando hayas enjugado las lágrimas de todos los que te amamos; solo serás completamente feliz en el cielo cuando ya no haya quien suspire por ti en la tierra. Entonces te juzgarás verdaderamente Reina, cuando entren á tu reino todos tus hijos. ¡Oh María! ¡Oh María! sávanos; obliga á tu Hijo divino á recibir por ti nuestras súplicas; pues tienes derecho sobre él, por que eres Madre suya. Que eres nuestra Madre y nuestra esperanza, esto dile á tu Hijo, y con esto basta.

Irapuato, Mayo 29 de 1908.

Pbro. Ponciano Pérez.

León, Julio 18 de 1908.

Visto el dictámen favorable del Sr. Censor concedemos Ntra. licencia para que se imprima y publique el Sermón del Sr. Pbro. D. Ponciano Pérez; con calidad de que no vea la luz pública antes de que sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor.—El Sr. Gobernador lo decretó y firmó.

P. TORRES.

ANGEL MARTINEZ.
Srio.



SERMON

«DE LA»

Madre Santísima de la Luz

PREDICADO POR EL

P. MARCOS GORDOÑA S. J.

en la Santa Iglesia Catedral de León,

el dia 2 de Julio de 1907,

CLXXV aniversario del advenimiento á esta Ciudad

de la Venerable Imagen de la

Celestial Señora.



LEON.—1908.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.